

Nuevas y viejas formas de renovar la etnología y la antropología social. Notas sobre Gérard Althabe

Autor:

Romero Gorski, Sonia

Revista:

Cuadernos de Antropología Social

2006, 23, 158-162



Artículo

tos, porque las identidades étnicas eran construcciones colectivas de un entorno que no podía ser ignorado. Su concepto de “producción del extranjero”, elaborado a partir de su experiencia en Francia, resultaba entonces una herramienta teórica y metodológica de indudable utilidad para estudios similares en nuestro medio.

El segundo punto se refiere a una cuestión estrictamente metodológica. Gérard advirtió que en muchos de los trabajos y diseños de investigación que tuvo ocasión de analizar, existían fuertes preconceptos que luego eran “ilustrados” por los datos de campo, sin que pudiera decirse que las conclusiones de los trabajos eran producto de los relevamientos efectuados.

En este punto el maestro fue conciso y claro: “El trabajo de campo tiene que producir conocimiento”. Esta aparentemente sencilla fórmula, significó una clara advertencia para quien es la tomaron en cuenta, de que debían encarar de diferente manera sus trabajos— El trabajo de campo debía ser necesario, y ello implicaba un diseño de investigación que diera cabida a este espacio, es decir que fuera una investigación etnográfica en sentido amplio.

Recuerdo especialmente el último de sus Seminarios, en el Centro Franco Argentino. Muchos de los jóvenes investigadores participantes leyeron sus trabajos, que fueron escuchados por Gérard con atención ejemplar. En la última sesión tuvo comentarios sumamente incisivos y prácticos sobre todos y cada uno de los trabajos presentados, mostrando una vez más la vocación de maestro que siempre fue su característica más destacada.

Para finalizar quisiera decir que Gérard Althabe ha sido una presencia que ha dejado una huella imborrable en muchos de nosotros, y que su partida repentina nos deja con la sensación de que hubiéramos querido tenerlo con nosotros mucho más tiempo.

NUEVAS Y VIEJAS FORMAS DE RENOVAR LA ETNOLOGÍA Y LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL. NOTAS SOBRE GÉRARD ALTHABE

Sonnia Romero Gorski

Prof. Agregada. Directora del Dpto. de Antropología Social - FHCE, Universidad de la República, Uruguay.

En esta breve nota tomo como punto de partida la convocatoria para el Simposio III de la VI RAM (Montevideo noviembre 2005) donde se señalaba que –“El crecimiento y reafirmación de una disciplina depende en gran medida de su capacidad de renovación, de adaptación a transformaciones que desde ‘adentro’ y

desde ‘afuera’ van componiendo el compromiso histórico del conocimiento científico racional y objetivo a la vez que pasional y aventurado, es decir arriesgado. El homenaje a la obra de Gérard Althabe es un reconocimiento al recorrido de un etnólogo contemporáneo que se arriesgó atravesando terrenos desde Africa a Europa y el Río de la Plata, marcó rumbos en el proceso de crecimiento de la etnología y la antropología”.

Es decir que cuando propuse al Comité Científico de la VI RAM que se hiciera un homenaje a G. Althabe, estaba también pensando en la necesidad de plantearnos desde nuestros países sudamericanos cómo participar en un proceso de transformación y de adaptación de la antropología al tiempo contemporáneo; en ese sentido y sobre todo desde los años 1990 y hasta el final, G. Althabe ilustró con su obra una búsqueda que no sólo mantiene vigencia, sino que indica aún caminos por recorrer.

Nuestra disciplina, con más de un siglo de trayectoria, pasó del estudio y convivencia con poblaciones aldeanas o pequeñas a la observación y registro de fenómenos socio-culturales en las sociedades complejas y en las grandes ciudades, dentro de las múltiples redes que ha generado la economía de mercado, los medios de comunicación, los usos y consumos metropolitanos, mundializados.

La reflexión sobre tránsitos diferenciados a través del tiempo y desarrollo científico histórico, tiene vigencia general indiscutible e interés coyuntural ya que en las reuniones RAM (Reunión de Antropología del Mercosur) que se vienen realizando cada dos años desde 1995 a la fecha, se ha estado plasmando una vocación de producción de *antropologías* con sello local y regional, sin desconocer el universo más amplio de la disciplina, de sus parámetros y discusiones teóricas, y por supuesto, la diversidad de corrientes, autores y protagonistas.

Aunque sin extenderme en el tema, destaco como un dato ineludible de las condiciones de producción de dichas *antropologías*, las diferencias objetivas de tradiciones académicas y de políticas referidas a la educación superior y al apoyo a la investigación. En Uruguay, por lo menos, puedo caracterizar la situación por la ambigüedad del estatus de las ciencias sociales, sobre todo de la antropología social y cultural. Si bien los factores socio-culturales forman parte obligada del discurso oficial en la práctica, es decir en programas y presupuestos, pueden estar ausentes o débilmente representadas las ciencias capaces de lidiar con la sociedad y la cultura.

Por otra parte y en términos comunicacionales de nivel regional, puede observarse que existe una retórica dominante que captó la importancia de los factores culturales y étnicos, que es sensible a la diversidad cultural, a la cuestión de la identidad, de la “porosidad” de las fronteras... entre otros tópicos en los que

reconocemos una paradójica apropiación de conceptos antropológicos, ya que aún no se ha desactivado la imagen social de una antropología dedicada a lo exótico, al pasado prehistórico, a las poblaciones indígenas. Imagen que mantienen en gran medida nuestros colegas de otras profesiones universitarias, especialistas de ciencias naturales, biológicas y otros.

Sin embargo nosotros –la comunidad de antropólogos– tenemos la convicción y las pruebas de que en los últimos años hemos avanzado por temas y terrenos que desbordan ampliamente esa vocación restringida que se nos atribuye; quizás debamos reconocer que hay un problema de tiempos en la adaptación de propuestas, en la forma en que las mismas se consolidan y difunden. La densidad de los debates teóricos dentro de los recintos especializados no estuvieron, y quizás no están, favoreciendo cambios; ¿acaso no se mantuvo durante demasiado tiempo un interés por la investigación etnográfica de “lo lejano”? ¿acaso no se simplificó el debate deteniéndose en la discusión de la Gran División, sin profundizar en las implicancias etnográficas de todo lo diferente en “nosotros” como un todo universal, como seres humanos viviendo en culturas diferentes aunque no siempre lejanas o dentro de un mismo país?; en otras palabras, en países del hemisferio norte donde la Etnología y la Antropología ya contaban con centros importantes y grandes protagonistas, les llevó tiempo procesar adaptaciones y aprovechamiento de nuevas condiciones, de nuevos contextos (guerras de liberación, descolonización, procesos de integración, entre otros).

En ese marco de reflexión se comprende mejor un homenaje “lejano”, en tierras alejadas de su país de origen, de las instituciones donde trabajó, de las empresas en las que se comprometió; se podría decir que Gérard Althabe es un etnólogo y antropólogo francés de “culto”, protagonista en círculos restringidos, con circulación igualmente restringida en repertorios, citas y bibliografías, aspecto que contrasta con su vasta actuación y producción. Dejando de lado por ser más conocido su trabajo en Francia, es importante recordar que fue una presencia asidua y destacada en la Universidad de Buenos Aires, a partir de dónde se hizo conocedor y etnógrafo del Río de la Plata, (*bélas!* no llegó a venir hasta Montevideo).

Precisamente, conocí a G. Althabe en Buenos Aires en 1986 y luego tuve afortunadamente la ocasión de visitarlo varias veces en su lugar de trabajo en la EHESS de París, de asistir a sesiones de su seminario, cada vez que realicé por allí estadías de aprendizaje de posdoctorado y de actualización, desde 1992 en adelante.

A través de G. Althabe conocí a Marc Augé y al Centro de Antropología del Mundo Contemporáneo que ellos integraban y desde donde irradiaba una obra e investigaciones antropológicas innovadoras, que no sólo captaron mi atención,

sino que me brindaron los instrumentos para ejercer sin vacilaciones actividad de investigación en un lugar y un tiempo que parecían fuera de caminos ortodoxos: en verdad me encontraba implicada en una “otredad” radical, –como etnóloga uruguaya formada en Francia pero especializada en el Maghreb, desarrollaba (aún hoy) mi actividad profesional y académica en la Universidad de la República en Montevideo, Uruguay– y tenía dificultades para adaptar recomendaciones metodológicas, definiciones de escuela y parámetros teóricos a escenarios urbanos, decididamente occidentales y sin particularidades destacables, en los que me tocaba actuar.

En *Vers une ethnologie du présent* de 1992 –uno de sus trabajos que han sido claves en mi orientación como investigadora, G. Althabe situó alrededor de 1980 la cuestión del cambio en el *Cómo* y en el *Dónde* hacer antropología social y/o etnología. Hablaba de establecer un “sitio en obra” (un *chantier*) lugar abierto a la construcción, que respondiera a la demanda de etnología y/o antropología social y cultural. Era una demanda de etnografía que comprendía o presuponía el manejo de dispositivos conceptuales que permitieran aprehender el nivel de la realidad social, designada como lo *cotidiano* y lo *microsocial*.

La demanda se articulaba (en el caso francés) en torno de la empresa, el urbanismo, potencialidades socioculturales de grupos minoritarios, entre otros.

Distinguió la producción de “dos” etnologías o antropologías situadas en contextos muy diferentes: una que designaba objetos de estudio y trabajo de campo “en casa” y otra que mantenía el interés en objetos de estudio y trabajo de campo en el extranjero. Es decir que reconocía en las instituciones francesas, principalmente, dos tendencias teóricas y empíricas que alimentaban opciones y reunían equipos con urgencias definidas de forma casi opuesta, la exploración en ámbitos domésticos (y a priori conocidos) o lejanos (y a priori desconocidos).

En ese marco aparentemente sencillo advirtió la complejidad y ambigüedad de las definiciones, y en diferentes trabajos abundó sobre la condición de “extranjería” que debe construirse y ser objeto de control epistemológico en cualquier terreno, tema crucial para la antropología contemporánea, de los mundos contemporáneos. Advirtió que no debería introducirse una distancia, una extranjería, que pudiera quedar fijada en el discurso atrapando a los sujetos en construcciones erráticas y que respondieran a una designación etnocéntrica (por ejemplo hablar de los grupos de jóvenes de barrios periféricos como de “tribus urbanas”); esta advertencia es diferente de su observación y/o testimonio sobre “sentirse extranjero de sí mismo, recorriendo mundos “otros” dentro de su propia ciudad, de su propia sociedad”.

Trabajar teóricamente esta idea, convertirla en herramienta metodológica fue algo que me guió en mi trabajo en Uruguay y sobre todo en la ciudad de Montevideo, es decir cuando comencé a hacer trabajo de campo en territorio doméstico, lo más próximo posible de lo que creía conocer como “mi” ciudad, como universo de relaciones dentro de “mi” sociedad. En realidad estudiar de cerca los enclaves de pobreza urbana en zonas céntricas de la capital, las estrategias de vida de ocupantes ilegales de inmuebles, observar cómo la institución médica procedía a tratar e in-comprender a esa parte de la población fue, sin lugar a dudas, un pasaje y un aprendizaje de mundos “otros” en sentido pleno. Entonces comprendí el alcance de las afirmaciones de G. Althabe.

Otra idea-faro de G. Althabe que quiero recordar se refiere a la cuestión de las fronteras internas, la compartimentación de los mundos (o en otras palabras trabajó sobre la segmentación o enclavamientos) que veía ya en formación dentro de su país, vinculada a la cuestión de la inmigración convirtiéndose en tema estructural de la sociedad francesa contemporánea, de gran complejidad antropológica. Este proceso de segmentación social y discriminación de inmigrantes observado y previsto por G. Athabe, hizo violentamente eclosión en las calles de París en el invierno 2005. Frente a esto me surgen inevitables cuestionamientos sobre el lugar del conocimiento, sobre todo el producido por las ciencias sociales, dentro de las sociedades nacionales y contemporáneas, surgen preguntas sobre la pertinencia de establecer una vía que vaya de los análisis a las políticas públicas, a las acciones de los decisores y responsables políticos, una vía de conexión entre el mundo del conocimiento y la vida cotidiana, la vida de las personas y de las sociedades.

Escuché a G. Althabe (alrededor del año 1999) exponer en un seminario de la EHESS con tono mesurado pero con gran alarma sobre las evidencias que tenía sobre esa construcción de fronteras internas, es decir que su marco conceptual, la observación y la comparación lo llevaban inequívocamente a prever conflictos socio-culturales y descompensaciones individuales. Seguramente no era el único ya que otros antropólogos, sociólogos y filósofos veían desde distintos ángulos esa problemática, pero el sistema no escuchó ni a unos ni a otros.

Finalmente quiero poner énfasis en que el camino que G. Althabe recorrió fue también una anticipación del que estamos construyendo actualmente a nivel regional y lejos de los centros canónicos de producción antropológica, en grandes ciudades latinoamericanas, dentro de la complejidad que presentan nuestras segmentadas sociedades.

Deberíamos ahora ser capaces de tender conexiones hacia fuera de la academia, contribuir no sólo con conocimiento sobre lo que existe sino también con alternativas de interpretación y propuestas de transformación.